DOÑA VIOLANTE DE BARCELONA.

Nueva relacion, en que se refiere un lastimoso caso que sucedió á una doncella, natural de Barcelona, que habiéndola sacado un caballero de casa de sus padres, con palabra de casamiento, triunfó de su honor él, y dos compañeros suyos, y despues de esta alevosía la dió cinco puñaladas, y la dejaron por muerta en la espesura de un monte, donde fué favorecida de un piadoso pastor, llevándola á poblado, y de la forma que fué descubierto este suceso, y el fin que tuvo, como lo verá el curioso Lector.

En unos montes espesos,
emulacion de los Alpes,
basa, donde el cielo asienta
sus columnas celestiales,
cuya intrincada espesura,
y enmarañados jarales,
le cierran la puerta al paso
del mas velóz caminante:
En este desierto, donde
Silvano ostenta deidades,
la diosa Ceres se hospeda,
y la de sus formas hace:
Un pastor, que apacentaba
sus ovejas una tarde,
cuando de improviso oyó
unas voces lamentables,
unos suspiros sentidos,
y unos lastimosos ayes.
El pastor, que atento escucha,
algo dudoso y cobarde,
rompe la espesura, y llega
donde las voces le traen.
Vido una hermosa doncella
revolcándose en su sangre,
que casi el vital aliento
quiere hacer el postrer vale.
Con palabras lastimosas
le dice: traidor amante,

falaríz, sangriento, aleve,
acaba ya de matarme.
¿Qué bárbaro, qué alevoso,
qué corazon de diamante
tal traicion intentar pudo,
como lo que tú intentaste?
vénguense de tí los cielos,
pues yo no puedo vengarme.
Oyendo el pastor estaba
equivocados ultrages;
y enternecido responde:
Yo no soy ese tu amante,
ni soy quien así te ha puesto,
ni soy quien vengo á matarte,
soy un hombre compasivo,
que estoy llorando tus males.
Y llegándose, la coge
en los hombros al instante,
y á una choza, que bien cerca
de allí está poco distante,
llegó, y lo mejor que pudo
las heridas penetrantes
la curó, y en unas pieles
un humilde lecho le hace.
Cobró algun aliento entonces
la señora, y los cristales
enjugando de su rostro,
otra vez los ojos abre,
que ya cerrados tenia
por un desmayo, que antes
de curar la habia dado
por la falta de su sangre.
Dióla de lo que tenia
algun sustento que baste,
para que el perdido aliento
algo se remunerase.
El pastor, dijo, señora,
si algo pueden obligarte
estos servicios pequeños,
ruégote, que me des parte
de lo que á tí te ha movido
á tan pesados desastres.
Dímelo por vida tuya,
que tendrás quien te acompañe,
ya que no en los infortunios,
en ver y sentir tus males.
Noble y piadoso mancebo,
es imposible negarme
á tu obediencia, pues debo
obligaciones bastantes.
En la ilustre Barcelona
nací, mas de humildes padres,
aunque ricos; pero ahora
en el mas alto linage
yo estoy para referirte
por las mas menudas partes
este caso, pero solo
voy á lo mas importante.
Un principal caballero
dió, pues, en solicitarme
con músicas, y papeles,
que son flechas que reparte
el rapáz niño vendado,
para conquistar triunfante
del honor mas encerrado
las murallas de diamante.
Consiguió pues sus deseos,
que soy muger, esto baste,
sacándome de mi casa
él con otros tres parciales,
con la palabra de esposo,
que me dió antes de sacarme.
Trájome á este sitio, adonde
el traydor, aleve, infame,
triunfó de mi honor: ay cielos!
¡O quién pudiera vengarse
de tan enorme delito!
Mucho es que el dolor no parte
el corazon á pedazos.
Los dos (qué maldad notable!)
tambien hicieron lo mismo;
y el traydor ingrato amante,
sangriento, como aleboso,
mucho mas duro que un jaspe
despojando de la vayna
el acero relumbrante,
me dió cinco puñaladas,
que son las que tú curaste.
Se fueron, y me dejaron
embuelta en ansias mortales;
lo demás de aquesta historia
ya tú, mancebo, lo sabes.
Solo te encarezco, y ruego,
que me lleves donde halle
el remedio á mis heridas,
tantas, y tan penetrantes.
Al fin, la llevó á una Aldea
de allí muy poco distante,
adonde fué bien curada,
y con piadoso hospedage.
Sanó al fin, y una mañana,
al tiempo que el alva sale,
salió con secreto un dia
sin que le dé cuenta á nadie.
Tocada de Dios decia:
Pues que perdí en un instante
el honor, hacienda y patria
y el abrigo de mis padres,
sea mi alvergue, y amparo
de mi vida lo restante,
aqueste desierto, donde
esta triste vida acabe
con ásperas penitencias;
y entrando el monte adelante,
encontró una obscura gruta,
á donde será importante
dejarla, que en Barcelona
me esperan, porque declare
lo que falta en esta historia,
si es que quieren escucharme.
Súpose en efecto el caso,
y los afligidos padres,
al Virrey de Cataluña,
con clamores desiguales,
á voces piden justicia
de un agravio tan notable.
El Virrey que prender quiso
al caballero arrogante,
no lo consiguió, por cuanto
no faltó quien le avisase.
Ausentóse, mas juntando
treinta hombres de su parte,
á los montes se retira,
haciendo mil crueldades,
hurtos, muertes, y delitos,
y fuertes atrocidades.
Por espacio de diez años
vivió en vida semejante,
y al cabo de aqueste tiempo,
estando solo una tarde
apartado de su gente,
un monstruo vido, ó salvage,
que velóz iba corriendo,
como quien quiere escaparse.
Vió que en una obscura cueva
se entró mas velóz que un ave;
de curiosidad movido,
derecho á la cueva se parte.
Llegó, y puso la escopeta
al rostro para tirarle,
con voz delicada dijo:
Tente, hombre, no me mates,
porque soy persona humana,
una muger, no te espantes:
que mis desdichas me tienen
en tan riguroso lance.
Seas muger, ó quien fueres,
yo te requiero de parte
del alto Dios poderoso,
y su Santísima Madre,

que de tu mísero estado
la causa que fué relates,
que si te soy de provecho
para aliviar tus pesares,
te prometo, á fe de noble,
hacer por tí lo que baste.
Formando un ronco suspiro,
dijo: señor, no me mandes
que refresque mis tristezas,
refiriendote mis males;
pero por quien me lo pides
obedezco lo que mandes.
Arrójame ese capote
para que cubra mis carnes,
te contaré mis desdichas,
porque al dolor me acompañes.
Dichas aquestas razones,
echóla el capote, y sale:
sentáronse en una peña,
y con un ay, dijo: Sabe,
como soy de Barcelona,
de Francisco de Ricarte
hija legítima yo,
la desgraciada Violante,
celebrada en Barcelona
por hermosura, y donayre.
Contóle al fin, todo el caso,
y el caballero al instante
se arrojó á sus pies, diciendo:
Yo fuí el instrumento infame
de tu deshonra, y desdicha,
y de aqui no he de apartarme
hasta que el perdon merezca;
y si quieres que se pague
la deuda, aquí estoy sujeto
á lo que quieras mandarme.
Admirada, suspendida
en ver caso semejante,
se levantaba del suelo,
sus ojos corriendo mares.
Yo te perdono (le dice)
vete en paz, y Dios te guarde,
que yo me quedo gustosa
en aquestas soledades.
Con esto se entró en la cueva,
y el caballero al instante
se fué al dichoso convento,
que llaman de Monserrate.
Confesó sus grandes culpas
y tomó abito de frayle,
y al cabo de pocos dias,
para el desierto se parten
él y cuatro religiosos,
solamente para darle
un saco para que cubra
sus ya denegridas carnes;
pero la hallaron difunta
de la cueva en los umbrales.
Al convento la llevaron,
y con honras funerales
sepultura la previenen,
en paz, y en gloria descanse.
Escarmentad, pues, mancebos
los que os preciais de amantes,
y sirva de egemplo á todos
este lastimoso lance.
Mirad que Dios aborrece
aquellos hombres infames,
que robando á las doncellas
el blanco honor, por cebarse
en su carne, y hermosura,
proponiendo de casarse
con ellas, por ser motivo
que egecuten mil maldades,
siendo siempre por su causa
cuantas cometen, y hacen.
Y pidamos á la Virgen,
señora de Monserrate,
logremos ir á gozar
los tesoros celestiales.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, en la Bolsería, núm. 18. *Año* 1822.